



El desarrollo del sentido de Sí mismo y del sentimiento de vergüenza: la vergüenza como señal de la construcción del Self (A propósito del trabajo de Andrew P. Morrison: *Fenómenos narcisistas y vergüenza*)¹

Alejandro Ávila-Espada, Ph.D.²
IARPP-España, Madrid.

En este trabajo se revisan las principales aportaciones sobre el origen y desarrollo del Sí mismo, poniendo el énfasis en la aparición de los sentimientos de orgullo y vergüenza y en el papel que cumplen como señales de que el sentido del propio self ya está disponible para el sujeto. A la par que el recorrido evolutivo, se delinean tres facetas de la vergüenza que estarán presentes desde los 4 años, y que se articulan con la dialéctica del narcisismo: la *vergüenza como sentimiento que organiza la percepción del déficit*, la *vergüenza como reacción al sentimiento de culpa*, y la *vergüenza como refugio*, solución auto-reguladora para recuperar el sentido del self.

Palabras clave: Sí Mismo; Vergüenza; Narcisismo

This paper revises the principal contributions to the origin and development of the Self, emphasizing on the emergence of the sense of pride and shame in the role they fulfill as signs that the sense of the self itself is already available to the subject. Jointly with the developmental evolution, three facets of shame are outlined, that are present as of 4 years of age, and that articulate with the dialectic of narcissism: *shame as a feeling that organizes the perception of the deficit*, *shame as a reaction to the feeling of guilt*, and *shame as a refuge*, an auto-regulatory solution to recuperate the sense of self.

Key Words: Self, Shame, Narcissism.

English Title: The Development of the Sense of Self and the sense of Shame: Shame as a Sign of the Construction of the Self (Regarding the essay by Andrew P. Morrison: *Narcissistic Phenomena and Shame*)

Cita bibliográfica / Reference citation:

Ávila-Espada, A. (2008). El desarrollo del sentido de Sí mismo y del sentimiento de vergüenza: la vergüenza como señal de la construcción del Self (A propósito del trabajo de Andrew P. Morrison: *Fenómenos narcisistas y vergüenza*. *Clínica e Investigación Relacional*, 2 (1): 46-57. [ISSN 1988-2939]
[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/Volumen21Mayo2008/tabid/355/language/es-ES/Default.aspx>]

El excelente trabajo que nos ha presentado Andrew Morrison nos da la oportunidad de pensar sobre la naturaleza y función que el sentimiento de vergüenza tiene en el desarrollo del sentido del Sí mismo y más en general en la organización de la identidad. Partiendo de algunos de los conceptos e ilustraciones que aporta, incluiré las reflexiones y debates que me suscita. Morrison define su concepción del narcisismo como un proceso central en la organización del self englobando todos los subprocesos y fenómenos que lo nuclean y a los que las personas tenemos acceso parcial en la conciencia a través del sentido del self o experiencia de sí. Precisar más acerca de cómo se origina o empieza a manifestarse ese fenómeno, hasta que adquiere su calidad narcisista (como define Morrison, el deseo de ser especial, en un grado u otro) va ser uno de los principales objetivos de este comentario.

Apuntaré de principio como base de la comprensión que he alcanzado sobre estos procesos y fenómenos, que lo que conocemos como *estructuras psíquicas* se forman y modifican a partir de las disposiciones biológicas que ya vienen fuertemente connotadas de las aportaciones ambientales que determinan las posibilidades de la filogénesis y la ontogénesis, las cuales se organizan en la *matriz relacional* en la que estamos incluidos -y que se diferencia y adquiere complejidad desde lo pre y peri-natal. En esta matriz relacional disponible para el despliegue de la subjetividad, solo limitada por la biología –expresado en los factores temperamentales- surgirá progresivamente, aunque desde etapas muy precoces, el *sentido de Sí mismo*.

Desde la década de los setenta se ha dado al *sentido de Sí mismo* un lugar central en la estructura de la subjetividad, tras las aportaciones clave de Heinz Kohut (1971, 1977), si bien será Daniel Stern (1985) quien propondrá que el *Sentido del Self* sea el *principio organizador central*, un primer organizador evolutivo que debe estudiarse por separado del Yo). Complementariamente a esta idea y yendo más allá de ver al self incluido en el yo, o como parte del proceso de individuación-separación, ya descrito en la teoría de las relaciones de objeto (Loewald, Mahler), P. Tyson (1988) considera que se da un proceso paralelo entre el desarrollo del Yo y del sentido de Sí mismo, donde el concepto de Yo incluiría tanto los aspectos experienciales-subjetivos del Sí mismo y el organizador no-experiencial de la estructura psíquica.

Ya Lichtenberg (1975) nos había propuesto cuatro etapas del desarrollo del sentido de Sí mismo, que es interesante recuperar con ciertas precisiones conceptuales: 1) Un estado de “Islas de experiencia” (obviamente derivadas de las primeras experiencias de relación sujeto-ambiente) previas a la diferenciación del Self; 2) Seguido por intentos de un agrupamiento más ordenado de las auto imágenes vinculadas a las diferentes propiedades de los ambientes; 3) Las auto-imágenes que derivan de estados corporales (o imágenes del sí mismo en la experiencia de relación con objetos-ambientes diferentes y separados) y las primeras auto-imágenes sobre sí (narcisistas, connotadas de omnipotencia o grandiosas) se integran ambas progresivamente en un *Self cohesionado*; hasta que: 4) el Self alcanza capacidad de ordenar y poner el foco en la vida mental, lo que se reflejaría en el funcionamiento yoico capaz de generar progresivamente pensamiento reflexivo y autoconciencia plena, donde ya dispondría de capacidad de explorar, discriminar y criticar lo subjetivo de la alteridad.

Dejaremos de lado los posicionamientos más teóricos, para comentar las aportaciones más cercanas a la experiencia y que derivan de las notables aportaciones que la investigación del desarrollo humano ha efectuado en las últimas décadas. Tyson y Tyson

(1990) han subrayado que el desarrollo del sentido del Sí mismo se organiza a través de la integración gradual de varias clases de experiencias del Sí mismo, bien inconscientes, pre-conscientes o conscientes: experiencias corporales, experiencias del Sí mismo en relación a Objetos, más un amplio espectro de experiencias afectivas. Dado que la vergüenza será uno de los sentimientos que veremos aparecer en el decurso evolutivo de las formaciones de la subjetividad, y precisamente como señal de ese momento crucial del desarrollo en que el sujeto humano está en condiciones de percibirse a sí mismo en términos reflexivos, la comprensión de cómo se alcanza este momento del proceso evolutivo puede ser crucial para dirimir estas cuestiones sobre la centralidad del narcisismo y la vergüenza en el desarrollo normal y en las formaciones patológicas que nos acompañan posteriormente. En primer lugar clarificaré algunos conceptos clave a la hora de abordar la organización evolutiva del self.

Primacía evolutiva de las experiencias corporales en la proto-organización del self: Ya Winnicott nos ha hablado (1988) de su inferencia intuitivo-observacional de una experiencia de relación madre-feto a través de los ritmos y estados biológicos en las fases avanzadas de la gestación, de manera que los fenómenos característicos de la clase de experiencias que el neonato y bebé procesan ya traen probablemente alguna clase de organización. Con el nacimiento y la confrontación con su capacidad de explorar/expresar necesidades biológicas y auto-regulación, se da la oportunidad de ciertas secuencias de activación, regulación y equilibrio formen el substrato básico de las primeras experiencias de Sí mismo (proto-subjetivas) P.e. actividades como chupar y sensaciones como hambre, saciación, activación, atención, caída en reposo y sueño, y un feedback ambiental. A través de dichas secuencias se va adquiriendo una experiencia de los estados y límites del propio cuerpo, de los diferentes ambientes, y de las primitivas capacidades manipulativas (p.e. coordinación ojo-mano-boca), todo ya inmerso en una matriz relacional configurada por la constancia de los cuidadores primarios. Así se constituirían las primeras imágenes del sentido de sí mismo, una especie de *self-corporal* (ya apuntado por Freud), y sobre la que se organizará, mucho más adelante, la imagen corporal y la preocupación por el cuerpo, que permanecerá a lo largo de todo el ciclo vital como uno de los aspectos más importantes de la experiencia de Sí mismo. Una imagen corporal que, investida de deseos (de Sí y del Otro), será determinante de la auto-estima, que muchas veces dependerá de ella. Una forma particular se expresará a través de una de las configuraciones características del sentimiento de vergüenza: la **vergüenza del propio cuerpo**, un fenómeno característico y natural en el despertar a la transición adolescente, y que podrá acompañar al joven y al adulto toda su existencia si no pueden ser elaboradas y resueltas sus tensiones fundamentales.

Experiencias del Self en relación, y en cuanto gradualmente diferenciado del Objeto:

Desde el trabajo pionero de R. Spitz se ha puesto énfasis en cada niño³ existe sólo en la medida en que está en un contexto, y en una relación recíproca con la madre⁴ o el cuidador. Winnicott lo subrayó con la ingeniosa frase: “El bebé no existe” (1952). Muchos de los fenómenos que ha investigado la psicología del desarrollo parten de los trabajos de Mahler sobre el papel que esta relación recíproca tiene en el surgimiento del sentido del Self; los conceptos de *surgimiento paralelo* (hatching) (Mahler y Gosliner, 1955); el diálogo de *marcado mutuo* (mutual cueing), la necesidad del niño de *realimentación* (refueling) (Mahler et al., 1975); la *referenciación social* (social referencing) y el sentido de “nosotros” (Emde, 1983); la *implicación relacional intersubjetiva* (intersubjective relatedness) o mirada deliberadamente compartida sobre los sucesos y las cosas (Stern, 1985) y la co-construcción en la auto-regulación self-otro de los procesos intra e intersubjetivos (Sander,

1964; Beebe y Lachmann, 2002; Beebe et al, 2005). Todos estos fenómenos corroboran la importancia del ambiente afectivo de la reciprocidad madre-hijo para el emergente sentido del self en la primera infancia. Las investigaciones han mostrado pre-adaptaciones elaborativas en el niño para participar en las interacciones humanas.

Las experiencias corporales están íntimamente vinculadas con las actividades del cuidador y se inscriben en la matriz relacional. Es en esta interacción que el niño/a aprende rápidamente el placer y la seguridad vivida en la interacción con la madre. Así pues, de estas experiencias de los límites corporales, y sus representaciones mentales, se deriva gradualmente la construcción por el niño de la representación de sí mismo, y de los objetos, y de él mismo en relación con los objetos. Los patrones de interacción establecidos durante estos intercambios recíprocos contribuyen a crear un sentido de continuidad en el desarrollo, y se reactivan en los contextos interpersonales a lo largo de la vida.

Secuencia evolutiva de afrontamiento de experiencias afectivas significativas, que se incluyen progresivamente: Las expresiones afectivas son el eje de las experiencias de interacción y son claves para las experiencias corporales (las cuales muchas veces no sabemos diferenciar; p.e. hambre y ansiedad); sirven de señales para la relación, captar la atención del objeto, y estructurar la interacción, en base a la búsqueda de estados de bienestar y la evitación del sufrimiento (a través de idealizar el objeto, e investirlo con el deseo). El afecto juega un papel central como base biológica de un núcleo afectivo, o self afectivo (Spruiell, 1975; Emde, 1983, 1984). Este núcleo efectivo da la continuidad necesaria para la relación entre humanos. Primero placer/displacer; después emociones discretas gradualmente diferenciadas; y más adelante con el primer contacto con la vergüenza, aparece el sentido del sí mismo. Este es el **papel crucial que tiene la aparición del sentimiento vergüenza en el desarrollo**, señalar que el niño ya está en condiciones de experienciarse con un grado de conciencia de subjetividad diferenciada de otros.

Para profundizar en esta propuesta, hemos de reconsiderar la secuencia de etapas en el desarrollo del Sentido de Sí mismo, y sus características:

Inicios tempranos del sentido de Sí mismo. El Sí mismo como agente físico/ El Sí mismo emergente: ¿Hay una distinción entre el sentido precoz de sí mismo (y su representación mental) y la percepción del entorno?. El potencial pre-adaptativo del bebe para la interacción directa con la madre incluye un diálogo perceptivo y afectivo-motor, que ya muestra que con solo 5 a 8 semanas el bebé responde diferencialmente a las personas (p.e. gestos con la boca o sacar la lengua) y a los objetos (ante los que no responde a similar estimulación). Más aún, la respuesta del bebé a su madre es diferencial, incluyendo atención o búsqueda de estímulos, así como capacidad para evitar estímulos. Pero las interacciones de las primeras semanas están unidas a aspectos de regulación fisiológica (Sander, 1962, 1964) y homeostasis (Greenspan, 1981), un tiempo en el que se da un cambio gradual del funcionamiento endógeno (marcado bio y filogenéticamente) al exógeno (Emde y Robinson, 1979). El funcionamiento psicológico se hace más evidente con la aparición de la sonrisa social, que da paso a diferentes estilos de respuesta materna, coloreando diferentes estilos de interacción. Weil (1976) propone que tras pocas semanas ha emergido un “núcleo básico” de tendencias fundamentales en el diálogo madre-hijo. Es el contexto en el que las pulsiones (tendencias instintivas) resultan orquestadas por las emergentes relaciones de objeto. Estos estilos de interacción trazan la huella –con los éxitos y fracasos de dicha interacción- de lo que será más adelante el recorrido de gratificación narcisista (alumbrando la omnipotencia del bebé) o de las primeras tensiones de frustración, que el bebé parece

resolver buscando otros objetos. Gergely (2002) resume que para los 6 meses, el bebé se representa su self corporal como un objeto diferenciado en el espacio, que puede iniciar una acción y puede influir físicamente en el entorno, con sensibilidad para relacionar agentes de las acciones y consecuencias de las acciones, pero sin una comprensión representacional integrada.

Los comienzos del diálogo (madre-hijo) contribuyen a construir un sentido nuclear del Self. El sí mismo como agente social: El diálogo (pre y paraverbal) madre-hijo es el contexto en el que se dan las experiencias corporales del niño, las experiencias relacionales con otros y las experiencias afectivas, desde los momentos más precoces. Hacia los dos o tres meses las interacciones con la madre van mucho más allá que las relativas a la experiencias en torno a la alimentación. Los intercambios de juego madre-hijo (visuales, táctiles, sensorio-motores, auditivos, corporal-kinestésicos v.g. Call, 1980), cargados de significados afectivos, proveen el contexto en el cual el niño comienza la construcción del sentido básico de sí, y del otro como distinto, continuo o separado. Sobre estas interacciones, el niño construye el Self nuclear y el Otro nuclear (Stern, 1985), o lo que Emde llama el núcleo afectivo (1983). Poco a poco el niño va desplegando un papel de par pleno en la interacción, regulando la interacción a través de la expresión facial y la conducta de mirada sostenida y detenida (gaze), buscando estimulación cuando la excitación es mínima.

Hasta que punto llegan estas conductas se muestra en los experimentos de "Violación visual" de Tronick et al. (1978) que sugieren hipótesis sobre los orígenes de la normalidad y la patología [2 cámaras de video recogen en un monitor de imagen partida los movimientos de la madre y del bebé respectivamente, que están en una situación de interacción cara a cara. A la madre se le pide que deje de mirar al bebé a los ojos, y que le mire por encima de su cabeza, manteniendo su cara y su cuerpo lo más inmóvil posible, impidiendo así la expectativa normal de interacción; Los efectos son espectaculares, primero el bebé intenta recapturar la mirada de la madre mirándola por todas partes y moviendo su cabeza adelante y atrás para intentar llamar su atención y restablecer la interacción visual; pasado un intervalo, el bebé abandona los intentos y se retira; Más tarde, la madre se reconecta con el bebé y la comunicación se restablece]. En una dirección complementaria Trevarthen (1993) propone que los niños nacen con una "mente dialógica", con una especie de sentido innato del "otro virtual", pudiendo sintonizar con e interpretar los sentimientos, motivos, intenciones y objetivos. Este otro, es la "madre" para la que Winnicott (1967) describió la función clave "de espejo" que la madre (su rostro, la mirada, el contacto) juega en los estados del desarrollo emocional precoz: Lo que el bebé ve en la expresión de la madre es a Sí mismo (reconoce en las expresiones emocionales de ella, las suyas, haciéndolas propias; ahí recoge los primeros ecos del orgullo narcisista y del rechazo desaprobador). Cabe subrayar que aunque el sentido del self ya tenga un grado de organización más sofisticada, no se expresa todavía en auto-conciencia. El sentimiento de vergüenza no tiene todavía opción a ser percibido ni expresado.

Kohut (1971, 1977) coincide con la propuesta de Winnicott: para que el niño sobreviva necesita un entorno psicológico específico constituido por objetos del self empáticos, responsivos, orgullosos del niño/a, devolviéndole un sentido de fuerza y vitalidad subjetiva. El niño necesita y depende de una reciprocidad apropiada, donde los estados de déficit de espejamiento materno afectarán a su desarrollo normal; aunque será una exageración sostener que casi toda la patología posterior dependa de estos déficits, ya que el proceso evolutivo en su conjunto es muy complejo, e implica muy diferentes influencias, aunque la materna sea crucial.

Resumiendo las diferentes posiciones, desde los 3 hasta los 6-7 meses el bebé

puede ser visto desde una posición intersubjetivista “fuerte” (Trevarthen, 1993; Beebe y Lachmann, 2002) capaz desde el nacimiento de sintonizar y regular eficientemente su interacción social y afectiva con los cuidadores; o desde una posición intersubjetivista débil (Tomasello, 1999) que propone interacciones afectivas e imitativas precoces, identificativas con los semejantes, que culminarán hacia los 9 meses en la diferenciación de estados propios subjetivos, y diferenciarlos de los otros; y también considerando que todavía la intersubjetividad no está presente (Gergely, 2002) sino un espejamiento afectivo mediante socio-biofeedback.

Del Sí mismo corporal al Sentimiento primitivo del Sí mismo- El Sí mismo como agente causal / El Sí mismo subjetivo: Hacia los siete-nueve meses de edad, la conducta del niño sugiere que se ha ampliado el rango de impresiones sobre el propio cuerpo. Reconoce sus pies y puede encontrar fácilmente su dedo meñique. El niño va integrando poco a poco un esquema corporal más completo y duradero, en base a experiencias placenteras, y hacia la segunda mitad del primer año aparece un “sentimiento del self” primitivo asociado a un tono emocional placentero (Mahler y McDevitt, 1968) [Stern, 1985; Lichtenberg, 1987].

La calidad afectiva de la interacción madre-hijo contribuye decisivamente a ese tono emocional agradable. Las expresiones de la madre devuelven al niño una sensación de seguridad, de estar encantada con sus actividades exploratorias, le da la base de experiencia para construir el sentido de auto-confianza y auto-amor. Las trazas de constancia objetal y de constancia del self se dan en el marco de ese diálogo madre-hijo, donde la constancia del objeto (madre) da opción a la adquisición de una identidad duradera en el niño (A.M. Sandler, 1977). Este proceso de proto-narcisización mediante la constancia del feedback positivo self-objeto es ya la base del self autónomo posterior que será capaz de orgullo y vergüenza de sí, pero que todavía no puede reconocerlo ni expresarlo.

Un sentido del Sí mismo como Objetivo y mentalmente representado- El Sí mismo como agente mental intencional / El Sí mismo verbal: Entre los 15 a 18 meses puede observarse claramente que los niños se refieren a así mismos como entidades separadas de sus acciones, y de las acciones de los otros, pues ya ha emergido un sentido del sí mismo como representación mental, y sabe que es él mismo lo que ve en el espejo (Emde, 1983), además de estar ya en condiciones de inferir intenciones y preferencias de los otros (en torno a los 18 meses). Al tiempo, han emergido el uso del lenguaje y la capacidad para el juego simbólico y aparecen expresiones auto-descriptivas. Los niños de esta edad no solo se representan mentalmente a sí mismos, sino a objetos no presentes, que pueden nombrar y a los que pueden pensar como representaciones, y para los 2 años pueden mostrar una comprensión explícita de ciertos estados mentales y etiquetarlos lingüísticamente, incluso del auto-concepto (Harter, 1998). Comienza aquí las bases de lo que Greenacre (1958) llamó el “núcleo de identidad estable”, este sentido objetivo del sí mismo con *capacidad emergente de auto-conciencia y auto-reflexión*. Este “sentido de identidad” no se debe confundir con el ya mencionado “Self nuclear” propuesto por Stern (que emerge con la capacidad de hacer comparaciones perceptivas simples de Sí mismo y los otros). Desde los 2 años los niños diferencian adecuadamente varios tipos de emociones (p.e. alegría, tristeza, temor) y diferencian la experiencia emocional de las expresiones faciales asociadas (p.e. sonreír) y de las acciones que desencadenan (p.e. aplaudir), y operan con una representación cognitiva del self duradera y estable, que hacia el final del segundo año permite que el niño se reconozca en el espejo, y que pueda experimentar **el orgullo y la vergüenza como señal y consecuencia de la toma de contacto con el self propio y el reconocimiento que recibe del otro**.

La *capacidad emergente de auto-conciencia y auto-reflexión* ensancha los horizontes tanto interpersonales como intrapsíquicos en un contexto evolutivo prolijo (bipedestación y locomoción, control de los esfínteres, habilidades verbales, y posterior primera diferenciación del sí mismo como varón o mujer, con “identidad de género nuclear”) y le da profundidad y contenidos a las representaciones del sí mismo, con capacidad para reflexionar sobre el sí mismo y el otro como entidades separadas y con deseos diferentes. A la edad de 3 años los niños pueden establecer relaciones causales simples entre deseos, emociones, acciones y consecuencias, tanto en sí mismos como en los otros y a los 4 distinguen bien intenciones, apariencias y experiencia (p.e. las personas no siempre sienten lo que parecen sentir) y distinguen apropiadamente entre estados psicológicos (p.e. creencias y deseos), procesos biológicos (p.e. reflejos), fuerzas físicas (p.e. la gravedad) y la contribución humana en las acciones y movimientos (Flavell, 1999). El niño ya dispone de las capacidades para que en esta etapa se den las condiciones de lo que Mahler denominó la fase de reaceramiento del proceso de separación-individuación, crucial al surgimiento del sentido de sí mismo. El infante se da cuenta a la vez de sus deseos de independencia-autonomía, y de las demandas de atención de la madre en el marco de esa interacción placentera; llega a sí a percibir su vulnerabilidad y dependencia del amor y apoyo continuo de la madre; con ello se desarrollan sentimientos intensamente ambivalentes; las potencialidades del desarrollo normal dependen de las capacidades de comunicación y límites de los padres, de los que el infante incorpora el sentido de prohibición-aprobación). Un buen ambiente relacional facilitará el “sentimiento de estar juntos” que incluye la internalización de las reglas de relación como parte de la formación del Super-yo temprano. Un ambiente deficitario o inconstante provocará aislamiento o conflicto.

Auto-constancia de sí y del objeto- El Sí mismo autobiográfico: Hacia los 4-5 años, el niño ya despliega su capacidad para representarse en el tiempo, incluyendo una memoria autobiográfica en la que los sucesos pasados vividos pueden integrarse causal y secuencialmente con los presentes en un *self propio*, con un sentido y comprensión madura de agencia mental (p.e. la comprensión del niño de la naturaleza representacional de las creencias, al entender que las acciones pueden ser causadas por falsas creencias). Es decir dispone ya de una causalidad auto-referencial, y con ello está ya inmerso en un entorno de conflictos intra e intersubjetivos.

En la medida en que el niño ha tenido éxito en el control de los impulsos corporales y en cumplir con las normas parentales, ha aprendido también vías más apropiadas de expresar su independencia-autonomía sin sacrificar los lazos interpersonales, y comienza a desarrollar representaciones de sí mismo dentro de las cuales se integran diferentes imágenes de sí mismo con diferente valencia emocional. Puede, p.e. mantener una percepción de sí positiva, de auto-amor, aunque ocasionalmente sienta frustración o cólera, o como efecto de manifestaciones de auto-crítica derivadas de la formación del super-yo. Esta evolución, en su complejidad relacional no cesará de evolucionar desde los 4 años. La auto-estima puede mantenerse como auto-constancia narcisista, que se establece paralelamente a la constancia del vínculo con el objeto. La constancia del sí mismo no significa que el punto de vista sobre uno mismo no cambie, o cambie raramente. Es más bien una *gestalt* global, sobre un contexto de organización básicamente positivo, donde habitan una amplia variedad de imágenes de uno mismo, alguna de las cuales puede ser central en un momento dado. Es necesario una realimentación libidinal (libidinal refueling) desde el objeto constante, para mantener el sentido integrado y esencialmente positivo del self (Tyson, 1983) que también deriva de gratificaciones narcisistas desde el superyo, en la medida en que se siente que se internalizan ideales y estándares. Con el

establecimiento del self libidinal, y del objeto constante, va estableciéndose un sentido del self diferenciado y separado de los otros, que es vivido como un agente activo capaz de dar ímpetu y dirección al funcionamiento psíquico del niño. Y en torno a esta secuencia, la vergüenza adquiere claramente su segunda faceta: **la toma de conciencia de la culpa** en relación a haber hecho algo mal o prohibido.

Identidad Integrada y Auto-responsabilidad; transición hasta y por la adolescencia y entrada en la adultez: Tras un largo recorrido de experiencias de self propio autobiográfico, el sentido del sí mismo se ensanchará con el despertar de la genitalidad. La sexualidad genital, al emerger, trae un sentido completamente diferente del cuerpo a la conciencia; dirigir y controlar los impulsos de gratificación infantiles ha implicado tomar conciencia de autocontrol y responsabilidad del propio cuerpo, que ahora entra en el ámbito de la identidad de género, donde la vivencia de la sexualidad y el sentido de identidad único y separado se integran, a través de identificaciones más duraderas con uno de los progenitores (del mismo sexo), y la imagen corporal valorada, narcisizada y sexualizada que emerge sirve como fuente de auto-estima positiva, adquiriendo no solo sentido de *quién* es, sino de *qué* es. Esta será la entrada en los conflictos triádicos o Edipo, cuya compleja trama relacional podrá servir a la integración de un sentido de identidad que no estaba presente antes. Es un “nuevo despertar consciente” del sujeto a su vida como individuo (Loewald) donde se atraviesan todas las emociones, y todas las normas son violadas, y a la vez se instituyen como referencia. El sentimiento de vergüenza es ya en esta etapa un regulador esencial, que puede tanto limitar la integración psicológica como regularla, para lo que se echa mano de las defensas. *Vergüenza de sí* y *vergüenza ajena* están ya presentes ambas como sentimientos diferenciados, y con las principales defensas correspondientes (Negación, Proyección y sus variantes).

Es característico en la adolescencia que estas tensiones se manifiesten como ataques a los padres en el plano de la interacción, buscando afirmar la diferenciación, la confrontación que confirme la diferencia y los límites que calmen las tensiones desorganizadoras, a la par que se preserve inconscientemente la idealización de los padres si no fallan en su disponibilidad para ser usados en este proceso.

De la ausencia de regulación parental, y de las identificaciones con modelos parentales de déficit narcisista, puede derivar para el sujeto adulto una búsqueda narcisista de la perfección imposible (Rothstein, 1980) intentando confirmar –ilusoriamente- la propia omnipotencia, y despreciando a las figuras parentales como imperfectas. Esta dialéctica del narcisismo, respecto del self y del objeto, es lo que Morrison nos apunta como la tensión fundamental que genera la vergüenza como experiencia de sufrimiento en el adulto, y que se resuelve patológicamente en las formaciones de la dialéctica del narcisismo.

También puede resolverse con una identificación con los valores y moral de las figuras parentales, limitando el despliegue de su subjetividad. El sentimiento de vergüenza se resolvería entonces mediante la identificación con el grupo, y perdería su capacidad de señalar nuestras necesidades de diferenciación.

Si el super-yo se establece como norma interior, autoridad internalizada, el niño gana un sentido de autonomía e independencia, que le permitirá servirse de un ideal del yo flexible y maduro. Con la auto-evaluación, juicio, premio o castigo, emergerá el sentido de autorresponsabilidad, que tendrá toda la etapa de latencia por delante para desarrollarse, y que le permitirá el desarrollo del sentimiento de culpa, consciente y manejable. Las vicisitudes de la autoestima van acompañadas de intensos estados emocionales, a consecuencia de la inclusión o exclusión, de lo justo e injusto. También, desde la fragilidad de la identidad recurrir a un funcionamiento de Yo ideal, que deviene inalcanzable e impide

el crecimiento porque sustituye la mutua regulación y co-construcción intersubjetiva en la relación real por sus sustitutos imaginarios y arquetípicos.

Como conclusión a este comentario, apporto una síntesis de las ideas fundamentales con las que he intentado contribuir al debate: El desarrollo del sentido de sí mismo es el efecto de los diferentes procesos organizadores centrales de la subjetividad humana, resultante integrada de 3 vectores fundamentales: los determinantes biológicos que se expresan como factores temperamentales, y que pueden ser modulados parcialmente por las aportaciones ambientales en los diferentes niveles sistémicos, incluidas la propuesta de una intersubjetividad primaria (la más radical de Trevarthen, 1993; o la más suave de Tomasello, 1993, 1999); las propiedades de la matriz relacional en la que estamos incluidos desde el origen, en constante evolución; y las propias características que derivan del self emergente y su despliegue, y que se expresan precozmente a través de la función integradora de las emociones (Siegel, 2001; Siegel y Hartzell, 2005), en especial los afectos de orgullo y vergüenza. Las primeras experiencias del afecto de orgullo y vergüenza operan señales de que ya está presente un self diferenciado. Un self que ya dispone de auto-conciencia y con el que nos relacionamos a través de lo que Morrison define como *dialéctica del narcisismo* (grandiosidad vs. depreciación). El sentimiento de orgullo derivará hacia la grandiosidad, y la vergüenza integrará la autodepreciación. En esta dialéctica del narcisismo, la vergüenza parece recorrer y desplegarse en varios caminos, quizá paralelos. La **vergüenza como sentimiento que organiza la percepción del déficit**, la solución narcisista, y que se resuelve patológicamente en grandiosidad, faceta de la que nos habla extensamente Morrison en su trabajo; La **vergüenza como reacción al sentimiento de culpa** por la percepción flexible de los propios déficits e inadecuaciones, y que se objetiva respecto de otros significativos (mi vergüenza de mi ante el otro); pero también la **vergüenza como refugio**, sentimiento que permite recuperar el primitivo contacto con el propio self, y que facilita un repliegue necesario, como defensa y como oportunidad de elaboración, acceso a un espacio secreto, privado, potencial (Winnicott, 1958) al que M.Khan llamó “estar en barbecho” (1983) y que puede resolverse patológicamente en aislamiento y soledad.

De la dialéctica del narcisismo, y de las funciones que aporta la vergüenza, el adulto no podrá ya desprenderse del todo: contribuirá tanto a su desarrollo subjetivo como a sus adaptaciones patológicas. Andrew Morrison viene aportándonos contribuciones muy destacadas (1984, 1994, 1997), a las que se han sumado también otros notables colegas (Orange, 2005; Velasco, 1999, 2002, 2005) para una mejor comprensión del narcisismo y sobre todo en torno al papel clave que juega el sentimiento de vergüenza en el hombre contemporáneo.

REFERENCIAS

- Beebe, B., Knoblauch, S., Rustin, J. y Sorter, D. (2005). *Forms of Intersubjectivity in Infant Research and Adult Treatment*. New York: Other Press.
- Beebe, B. y Lachman, F.M. (2002). *Infant Research and Adult Treatment. Co-constructing interactions*. Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Call, J.D. (1980). Some prelinguistic aspects of language development, *J. Amer. Psychoanal. Assn.* 28: 259-289.
- Damasio, A. (2006). *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano* – Barcelona: Crítica - Edición Drakontos Bolsillo [Original de 1994]
- Emde, R. N. y Harmon, R. J. (eds.). (1984). *Continuities and Discontinuities in Development* New York: Plenum.
- Emde, R. N. y Robinson, J. (1979). The first two months: recent research in developmental

- psychobiology and the changing view of the newborn In *American Handbook of Child Psychiatry* ed. J. Nospitz & J. Call. New York: Basic Books, pp. 72-105
- Emde, R.N. (1983). The pre-representational self and its affective core. *Psychoanalytic Study of the Child*, 38: 165-192.
- Emde, R.N. (1988a). Development terminable and interminable: Part I. Innate and motivational factors from infancy. *International Journal of Psychoanalysis*, 69: 23-42.
- Emde, R.N. (1988b). Development terminable and interminable: Part II. Recent psychoanalytic theory and therapeutic considerations. *International Journal of Psychoanalysis*, 69: 283-296.
- Erikson, E. (1956). The concept of Ego Identity. *J. Amer. Psychoanal. Assn.* 4: 56-121.
- Erikson, E. (1959). Identity and the life cycle. *Psychological Issues* Volume I No. 1 New York: Int. Univ. Press.
- Flavell, J.H. (1999). Cognitive development: Children's knowledge about the mind. *Annual Review of Psychology*, 50: 21-45.
- Fonagy, P. (2004). *Teoría del apego y psicoanálisis*. Barcelona: Espaxs. [Original de 2001].
- Gergely, G. (2002). The Development of Understanding Self and Agency. En U. Goswami (Ed.). *Blackwell Handbook of Childhood Cognitive Development*. (pp. 26-46). Oxford, UK: Blackwell Pub.
- Greenacre (1958). Early physical determinants in the development of the sense of identity. En *Emotional growth: Vol.1* New York: Int.Univ.Press. 1971; pp.113-127.
- Greenacre, P. (1971). *Emotional Growth* New York: Int. Univ. Press.
- Greenspan, S.I. (1981). *Psychopathology and adaptation in infancy and early child-hood: Principles of clinical diagnosis and preventive intervention*. New York: Int. Univ. Press.
- Kernberg, O. F. (1976). *Object Relations Theory and Clinical Psychoanalysis*. New York: Jason Aronson.
- Khan, M. (1991). *Locura y Soledad. Entre la teoría y la práctica psicoanalítica*. Buenos Aires: Lugar. [Original de 1983]
- Kohut, H. (1971). *The Analysis of the Self*. New York: Int. Univ. Press.
- Kohut, H. (1977). *The Restoration of the Self*. New York: Int. Univ. Press.
- Harter, S. (1998). The development of self-representations. En *Handbook of Child Psychology. Vol.3: Social, Emotional, and Personality Development*. Ed. N. Eisenberg. Pp. 553-617. New York: Wiley, 5th. Ed.
- Lichtenberg, J.D. (1975). The development of the sense of the self. *J. Amer. Psychoanal. Assn.* 23: 453-461.
- Lichtenberg, J.D. (1981). Implications for psychoanalytic theory of research on the neonate. *Int. Rev. Psychoanalysis*, 8: 35-52.
- Lichtenberg, J.D. (1987). Infant studies and clinical work with adults. *Psychoanal. Inquiry*, 7:311-330.
- Mahler, M.S. y Gosliner, B.J. (1955). On symbiotic child psychosis: Genetic, dynamic, and restitutive aspects. *Psychoanalytic Study of the Child*, 10: 195-212.
- Mahler, M.S. y McDevitt, J.B. (1968). Observations on adaptation and defense in statu nascendi. *Psychoanal. Quarterly*, 37: 1-21.
- Mahler, M.S. y McDevitt, J.B. (1980). The separation-individuation process and identity formation. In *Infancy and early childhood. Vol.1 – The Course of Life* (ed. S.I. Greenspan y G.H. Pollock). Publication No. (ADM) 80-786. Washington, D.C.: DHHS, pp.395-406.
- Mahler, M.S., Pine, F. y Bergman, A. (1975). *The psychological birth of the human infant*. New York: Basic Books.
- Morrison, A.P. (1984). Working with Shame in Psychoanalytic Treatment, *Journal of the American Psychoanalytic Association* 32: 479-505
- Morrison, A.P. (1994). The Breadth and Boundaries of a Self-Psychological Immersion in Shame: A One-and-a-Half-Person Perspective. *Psychoanalytic Dialogues*, 4:19-35
- Morrison, A. P. (1983). Shame, Ideal Self, and Narcissism. *Contemp. Psychoanal.*, 19:295-318.
- Morrison, A.P. (1997). *La cultura de la vergüenza. Anatomía de un sentimiento ambiguo*. Barcelona: Paidós. [Original de 1996].
- Morrison, A. P. (1999). Shame in Context. *Int. J. Psycho-Anal.*, 80:616-619.

- Morrison, A. P. (1999). Shame, on Either Side of Defense. *Contemp. Psychoanal.*, 35:91-105.
- Murray, L. y Trevarthen, C. (1985). Emocional regulation of interaction between two-month-olds and their mothers. En T.M. Field y N.A. Fox (Eds.). *Social Perception in Infants*. (00.177-198). Norwood, NJ: Ablex.
- Orange, D. M. (2005). Vergüenza de quien. Mundos de humillación y sistemas de restauración. *Rev. Aperturas Psicoanalíticas*, 2005, nº 20. (<http://www.aperturas.org/20orange.html>)
- Osofsky, J. D., (ed.) (1987). *Handbook of Infant Development* New York: Wiley.
- Pally, R. (1998). Emotional Processing: The Mind-Body Connection. *Int. J. Psycho-Anal.*, 79:349-362
- Rodríguez Sutil, C. (1998). Emoción y Cognición. James, más de cien años después. *Anuario de Psicología*, 29 (3): 3-23.
- Rothstein, A. (1980). *The narcissistic pursuit of perfection*. New York: International Univ.Press.
- Rothstein, A. (1988). The representational world as a substructure of the ego. *J. Amer. Psychoanal. Assn.* 36 : 191-208.
- Sander, L. W. (1962). Issues in early mother-child interaction *J. Amer. Acad. Child Psychiat.* 1 141-166
- Sander, L. W. (1964). Adaptive relationships in early mother-child interaction *J. Amer. Acad. Child Psychiat.* 3 231-264
- Sandler, A.M. (1975). Coments on the significance of Piaget's work for psychoanalysis. *Int. Rev. Psycho-Analysis*, 2:365-378.
- Sandler, A.M. (1977). Beyond eight-month anxiety. *International Journal of Psycho-Analysis*, 58:195-208.
- Siegel, D.J. (2001). Toward an Interpersonal Neurobiology of the Developing Mind: Attachment Relationships, "Mindsight", and Neural Integration. *Infant Mental Health Journal*. 22 (1-2): 67-94.
- Siegel, D.J. y M. Hartzell (2005). *Ser padres conscientes. Un mejor conocimiento y comprensión de nosotros mismos, contribuye a un desarrollo integral y sano de nuestros hijos*. Vitoria: La llave. [Original de 2003].
- Spruiell, V. (1975). Three strands of narcissism. *Psychoanal. Quart.*, 50: 319-344.
- Stern, D. N. (1985). *The Interpersonal World of the Infant* New York: Basic Books. (v. castellana: Barcelona: Paidós, 1991).
- Tomasello, M. (1993). On the interpersonal origins of the self. En U. Neisser (ed.) *The perceived self: Ecological and interpersonal sources of self-knowledge* (pp. 174-184). Cambridge: Cambridge University Press.
- Tomasello, M. (1999). *The cultural origins of human cognition*. Cambridge, MA.: Harvard University Press.
- Trevarthen, C. (1993). The self born in intersubjectivity: an infant communicating. En U. Neisser (ed.) *The perceived self: Ecological and interpersonal sources of self-knowledge* (pp. 121-173). Cambridge: Cambridge University Press.
- Tronick, E., Als, H., Adamson, L., Wise, S. y Brazelton, T.B. et al. (1978). The infant's response to entrapment between contradictory messages in face-to-face interaction. *J. Communication*, 27: 74-80.
- Tyson, P. (1988). Psychic structure formation : The complementary roles of affects, drives, object relations, and conflict. *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 36 (suppl.): 73-98.
- Tyson, P. y Tyson, R.L. (1990). *Psychoanalytic Theories of Development: An Integration*. New Haven: Yale University Press.
- Tyson, R.L. (1983). Some narcissitic consequences of object loss : A developmental view. *Psychoanalytic Quart.*, 52: 52:205-224.
- Velasco, R. (1999). El sentimiento de vergüenza. En *Rv. Catalana de Psicoanàlisi*. Vol. XVI nº 2. Barcelona.
- Velasco, R. (2002). El sentimiento de sí y el afecto de vergüenza. *Rev. Intersubjetivo*, Vol 4, nº 2. Madrid.
- Velasco, R. (2005) "Comentario a ¿Vergüenza de quién? Mundos de humillación y sistemas de restauración de D. Orange".En Revista *Aperturas Psicoanalíticas*: <http://www.aperturas.org/20orange.html> y <http://www.aperturas.org/20velasco.html>.
- Weil, A.P. (1976). The first year : Metapsychological inferences of infant observation. En *The process*

- of child development. Eed. P. Neubauer. New York: Aronson, pp. 246-265.
- Wellman, H.M. (2002). Understanding the Psychological World: Developing a Theory of Mind. En U. Goswami (Ed.). *Blackwell Handbook of Childhood Cognitive Development*. (pp. 167-187). Oxford, UK: Blackwell Pub.
- Winnicott, D.W. (1952). Anxiety associated with insecurity. En *Collected Papers*. New York: Basic Books, 1958. pp.97-100.
- Winnicott, D.W. (1958). La capacidad para estar solo. En *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador* (pp. 36-46) Barcelona: Paidós, 1992.
- Winnicott, D.W. (1967). Mirror-role of the mother and family in child development. En *Playing and Reality*, New York: Basic Books, 1971. pp.111-118.
- Winnicott, D.W. (1988). De la teoría de los instintos a la teoría del yo. Parte IV de *La naturaleza humana*. (pp.141-226) Buenos Aires: Paidós, 1996.

NOTAS

¹ Trabajo leído en las Jornadas de trabajo sobre “Fenómenos narcisistas y Vergüenza” con Andrew P. Morrison, organizada por ÁGORA RELACIONAL (Madrid, España) los días 8 y 9 de febrero de 2008, con el patrocinio de IARPP-España y el Instituto de Psicoterapia Relacional.

² Presidente de IARPP-España. Psicólogo Clínico y Psicoterapeuta de orientación psicoanalítica. Catedrático de Psicoterapia en la Universidad Complutense. Co-director del Master en Psicoterapia Relacional patrocinado por IARPP-España y el Instituto de Psicoterapia Relacional. Dirección de contacto: Alberto Aguilera, 10 - Esc. Izq-1º 28015-MADRID (España). www.psicoterapiarelacional.es y avilaespada@psicoterapiarelacional.es

³ Cada mención a niño/a o hijo/a se resumirá en los términos niño o hijo sin dejar por eso de tener en cuenta las diferencias de género.

⁴ El término “madre”, salvo en contextos específicos, se usará como sinónimo de *cuidador primario fundamental*, que más frecuentemente es la madre, que puede incluir al padre, o que pueden ser otras figuras.